

Al levantarse el telón, LUIS, próximo a la ventana, enfrente de un caballete, diseña el retrato de MARÍA. Esta, sentada enfrente de él, permanece inmóvil en la posición de modelo. Al otro extremo de la escena, pero más próximos al proscenio, juegan al dominó DON JOSE y LEONARDO, teniendo un tablero sobre las rodillas. DON JOSE está de espaldas al grupo de los dos jóvenes, y LEONARDO de frente.

LUIS.—(Diseñando.) Vuelve más la cabeza hacia la ventana; así. Rostros tan bellos no están bien entre las sombras.

MARÍA.—(Confusa y bajando los ojos.) Pero, primo...

LUIS.—¿Qué?

MARÍA.—Descansemos.

LUIS.—¿Estás fatigada?

MARÍA.—Estoy ardiendo... Mirad, el sol me abrasa.

LUIS.—(Observando y riéndose.) El sol de la inocencia, María. (*Va arrimando el caballete y la silla al mismo tiempo.*) No se sientan tan fácilmente las orgullosas hidalgas que aceptan, como tributo que les es debido, las galanterías de los cortesanos. Pero ¿qué extraño? La sangre que corre por sus venas es azul, y por consiguiente no puede enrojecerles el rostro.

MARÍA.—(Que fué a buscar una canastilla de costura y vino a sentarse a coser junto a la ventana.) Que esas damas son diferentes de nosotras, claro está. (*Con gravedad infantil.*) ¡Bien hizo Dios cuando creó las clases!

LUIS.—(Ironicamente.) ¡Oh, sí! fué providencial! Apuesto a que no sabías que, si la plebe femenina salió de una costilla de Adán, las hidalgas de cabello empolvado y lacayo atrás, salieron del pescuzo. (*María se encoge de hombros sonriendo. Luis continúa hablando rescostado en la ventana.*)

JOSE.—(Jugando y con sonrisa de triunfo.) As y tres, juego es.

LEONARDO.—(Exasperado, pero disfracando su ira.) ¡Ya me extrañaba a mí que no apareciese un refrán! En mi tiempo, quien ganaba, ganaba...

JOSE.—(Mirándole con espanto.) Aún sucede hoy lo mismo.

LEONARDO.—No, señor. Hoy es muy diferente. Hoy, quien gana, pierde...

JOSE.—(Estupefacto.) ¡Cómo!

LEONARDO.—Pierde el juicio como usted, y no dice más que sandeces.

JOSE.—Sea todo por Dios! (*Leonardo continúa refunfuñando.*)

MARÍA.—No, primo; no me convencéis de que la condesa de Sobrado sea una mujer como las demás. La debilidad de nuestro sexo no la conoce, o si la conoce la vence... ¡Cuántas veces la he visto recorrer a caballo la campiña, sola, siempre a galope, y volver al castillo, después de cerrada la noche, tan tranquila como si la escoltase un regimiento!

LUIS.—¿Y sus parentes?

MARÍA.—¡Qué han de hacer! Su madre es quien podría amonestarla; mas a pesar de ser una hidalga tan severa, no resiste según dicen, al más leve capricho de su hija. Naturalmente, es hija única.

LUIS.—Razón de más para educarla convenientemente. Pero... ¡ya se ve! Estas aristocratas tienen otras cosas en que pensar. No hay duda que es excelente la educación de la tal condesita... Ya recogerán las consecuencias. ¡Será orgulloso!...

MARÍA.—Como pocas. Verdad es que al mismo tiempo es caritativa y dulce, pero transpiran todas sus palabras cuando nos habla tanta altanería, que bien demuestra conocer la distancia que la separa de nosotros.

LUIS.—Brrr... Es todo un tesoro la criatura con quien voy a ponerme en contacto.

MARÍA.—(Mirando el cielo.) ¡Qué pronto ha oscurecido! ¡Qué cerrazón tan negra!

LUIS.—(Volviéndose a observar el horizonte.) Mal se anuncia la noche, en efecto. (*A María, continuando.*) ¿Y no tiene alguna vez malos encuentros esa joven en sus solitarios paseos?

MARÍA.—(Doblando la costura y yendo a guardarla.) ¿Malos encuentros? ¿Ladrones?